

# MEMORIAS de un GRAN VISIR

## Radiografía de una Cabalgata de Reyes

Por VICENTE GALBETE



Todos los años, cuando el ambiente huele a Navidad y a noche de Reyes, me acuerdo, unas veces sonriéndome humorísticamente y otras con un poquillo de nostalgia, de aquel año de 1953 en que gusté de la aventura de tomar parte en la Cabalgata de los Reyes Magos.

Ello tuvo su proceso; y la aventura, su curiosidad; y no me resisto a contarla para «asombro» de los lectores de PREGON.

Un amigo mío tiene la teoría de que, para considerarse pamplonés neto, hay que hacer una serie de cosas que son las que dan al individuo tan honorable márchamo de casticismo local.

De chaval, por ejemplo, se impone jugar al «irulario», hacer perrerías por el Redín; y bañarse en Los Alemanes o en Cuatro Chopos, a poder ser no sabiendo nadar.

Más adelante es preciso brincar y laringear en el «ricu-ricu»; ser portador de un zaldiko (o por lo

menos de un kiliki); ir de algo más que de mozorro raso en la procesión de Semana Santa; correr en el encierro; comer chanchigorris; salir de comparsa en el teatro; tener un par de broncas con los serenos; y alguna otra cosilla, entre ellas, la de tomar parte en la Cabalgata de los Reyes Magos.

Según mi amigo, «tales demostraciones ostentosas contribuyen a la formación idiosincrásica autóctona del individuo, debiéndoseles exigir, como condición «sine qua non», a los señores aspirantes a ediles de nuestra M. N., M. L. y M. H. Ciudad de Pamplona».

Todo esto, aparte de una pedertería, a lo mejor parece una memez, y quizá lo sea. Pero a mí me trajo una temporada muy preocupado. Sí, porque, después de repasar minuciosamente todas las ejecutorias de «irunshemismo» exigidas por mi amigo, me encontré con que, en mayor o menor grado, reunía todas las condiciones menos una: la de la Ca-

balgata, ¿podría yo ser un mal pamplonés o, en el mejor de los casos, un pamplonés incompleto, por sólo aquel detalle? ¡No y mil veces no! Aquello había que arreglarlo y cuanto antes.

Varios meses me pasé acudiendo cotidianamente a la peña del café donde se reunían los organizadores de la Cabalgata, preparándome diplomáticamente el terreno y convidándoles, ora a un café, ya a una copita, para ver de encontrar un hueco en el próximo desfile; pero nadie sabe lo difícil que eso resulta.

Igual que los portadores de pasos en Semana Santa, los figurantes orientales defienden sus puestos con uñas y garras, los cargos más relevantes se pueden decir que están vinculados, casi como mayorazgo, a determinadas familias y, de no ocurrir algo muy imprevisto, al intruso le es casi imposible el colarse. Todas mis insinuaciones se estrellaaban contra las negativas más

rotundas, y eso que llegué a proponerles tomar parte en el cortejo aunque fuera en calidad de juguete. Pero tampoco cuajó la idea, se aproximaba la fecha en que había de jugarme mi pamplonesismo y yo estaba desconsolado.

Sin embargo, el día anterior a la cabalgata, cuando rumiaba mi pena y mordisqueaba mi farías en un rincón de la tertulia, uno de los jerifaltes me preguntó, de repente, que qué tal montaba a caballo. A aquella pregunta le vi su malicia y no me anduve con remilgos, le aseguré que ya quisieran muchos centauros galopar con la soltura que yo lo hacía.

Hubo suerte. No sé quién, uno de los de caballería, se había puesto enfermo a última hora y, teniendo en cuenta mi semestral pelmada, se había pensado en mí para sustituirle. Yo estaba que no cabía de gozo. Además, que el puesto era de categoría, nada menos que de Gran Visir de la Corte de Baltasar, el incomparable Ignacio Baleztena, entonces alma y bastante cuerpo de todo aquel cotarro.

Enseguida comenzó un pitorreo descarado.

—Te veo negro... me decían unos.

—Yo creo que, más que grande, deberías ir de Pequeño Visir... chungueaban otros. Y no faltó quien, haciendo un chiste a costa de mi consuetudinaria delgadez, dijese que aquel año se iba a hablar de los Reyes «Magros»...

Pero, con eso y con todo yo estaba encantado.

Al día siguiente, para las dos y media estaba ya en el café con mis pantalones «breeches», mis botas de montar, mis espuelas, mi fusta y mis guantes, luciendo una apostura ecuestre —en potencia— que no la mejoraba ningún Goyoaga local. Claro que las espuelas me las tuve que quitar en cuanto, al cuarto enganchón hice la carpa desde arriba de la escalera del «palomar» del Cinema, donde el Alto Mando, muy en su papel, había establecido el Cuartel General.

Creo que la Cabalgata «era de salir» aquel año hacia las 7, aunque a nosotros se nos había dado la orden tajante y llena de contenido geográfico, de que todos los orientales estuviéramos

concentrados en «La Meca» para las tres y media.

Con el sentido de la indisciplina y de la anarquía realmente kabileña de aquel centenar de malditos, nadie puede imaginarse qué especie de pandemonium era, ya para las cuatro de la tarde, la Santa Casa, ni qué volumen de esfuerzos, gritos, tacos, órdenes e improvisaciones geniales tuvo que prodigar el inconmensurable «Prémin» para sacar aquello adelante.

Cada uno llegaba cómo y cuando le venía en gana, menos los trajes, que debían haber venido en el Plazaola y, claro, no llegaron, con lo que hubo que resolver la papeleta de buscar otros, más que a matacaballo a mata-taxista. No sé cómo pero el caso



es que, por fin, se arregló la cosa y, hacia eso de las seis, ya pululábamos un enjambre de marrachos por los corredores de la Misericordia.

Harían aquel día a la intemperie —a la temperie ya no helaba tanto— sus buenos cuatro o cinco grados bajo cero. El reparto de ropas se hizo con arreglo a la estructura fisiológica de cada cual y a mi me tocó un más que liviano casaquin de percal, que no le cupo a nadie y que resultaría estrecho incluso para albergar un espárrago de Lodosa en su interior.

Se me planteaba un dilema paoroso. Abrochándomelo, colocado directamente sobre la piel, a duras penas podía ya respirar. Pero si no me ponía por lo menos un jersey debajo, iba a una

muerte segura por congelamiento. Menos mal que algún alma caritativa y costurera se apiadó de mí, lo ensanchó un poco y gracias a ella todavía toso.

Tras el vestuario vino el maquillaje, de negro bantú, a base de un endemoniado potinge que no se me quitó en tres días y del que aún se resienten, en mi casa, dos toallas y una funda de almohada. Y luego la colocación de una hermosa barba, a base de sindeticón, procedimiento que tiene el inconveniente de que luego deja la piel en barba viva.

El tumulto crecía por momentos.

—¡A ver, los de Melchor...!

—¿Dónde están los del incienso?

—¡Que se ha escapado un caballo...!

—¡A ver los de Melchor...!

—¿Cuándo llegan las carrozas?

—¡Que no me caben las botas...!

—¡A ver, los de Melchoor...!

La verdad es que, a pesar de mi negrura, mi barba y mi disfraz, yo no las tenía todas conmigo de que no se me reconociese, tanto que estuvo en un tris que no dimitiera de mi flamante visirato y renunciase al empeño de doctorarme como pamplonés integral.

De pronto di con la piedra de toque. Por los pasillos, en animada charla, me crucé con unos amigos y se me ocurrió poner a prueba mi incognitez. Les saludé, me miraron como a un bicho raro (¿cómo me iban a mirar?), tercié un rato en su conversación y cuando me convencí de que no se me reconocía, me quedé bastante tranquilo.

A todo esto, con la emoción casi no había probado bocado en la comida y era ya más que pasada la hora de la merienda. Según me han dicho varios médicos, mi metabolismo es muy activo y además soy hipoglucémico, o sea que tenía un hambre atroz. Pero, ¡cualquiera se llegaba con aquellas trazas a tomar un tentempié!

En esto, cuando en mi estómago se estaba desarrollando una verdadera galerna de jugos, llegaron a mis oídos unas dulcísimas palabras: —¡A cenar!—. Sí, a cenar pero los soldados, que tomaban parte en la comparsa. Y aquí tampoco era cosa de andarse en

chiquitas, por lo que dominando el sonrojo de mis estrellas de Oficial de Complemento, me degradé a soldado, a efectos de cena, me puse en la fila, muy modestico y al poco rato estaba ya zampando a dos carrillos y por lo menos, a cuatro barbillas.

Nadie se imagina lo difícil que es el comerse un bocadillo de chistor con barba postiza. El rebelde pelaz se me mezclaba una y otra vez con el alimento, de modo que se acababa por ingerir el producto de una nueva receta culinaria: «chistor a las finas barbas».

Se cenó de prisa porque el tiempo apremiaba.

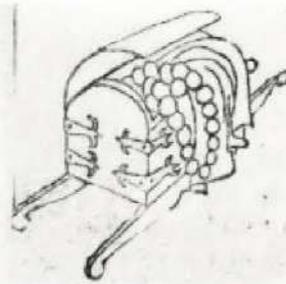
Y llegó entonces el momento angustioso de ponerles las gualdrapas a los caballos. Siguiendo el ejemplo de sus dueños, los jamelgos militares habían estado toda la tarde flirteando con las yeguas de las lecheras, atados, todos juntos, a los árboles del oasis que existe a la puerta de la Meca, o sea en la Vuelta del Castillo.

Pero como llevaban cinco horas helándose el moco —si es que los caballos tienen moco— estaban ya bastante intratables. Y no digamos nada de cómo se pusieron cuando llegamos nosotros con la intención de enfundarlos en las gualdrapas. Tiraban unas coces asesinas, unos mordiscos de pantera hambrienta y sólo de milagro conseguimos salir ilesos y engualdraparlos, además.

Parecía que ya estaba todo y se dio la orden: —¡A caballo! Me icé como pude hasta lo alto del noble bruto (que luego demostró ser mucho más bruto que noble), nos pusimos todos en fila y entonces tuvo Paco Zubieta una intervención como para descuartizarlo con una cuchilla de afeitar.

—Un momento. Ahora que estáis todos, una foto. Y FLÁFH sacudió un fogonazo de magnesio que la bomba de Bikini comparado con aquello debió ser una cerilla de veinticinco.

Los árboles me silbaban junto al oído, mientras, agarrado como una lapa al cuello de mi jaco, galopaba, cortaba el viento —y alguna rama que otra— desde la Misericordia hasta las tapias de Larraina, donde se le ocurrió pararse al animalito. Iba ciego, deslumbrado, y como yo, los demás,



que terminaron sus etapas respectivas en la cárcel, en el Matadero y en el Cementerio. Sitios en donde hubiéramos deseado ver entonces al celoso reportero gráfico.

Poco antes de las nueve de la noche, laboriosamente reunidos de nuevo todos los caballos con sus respectivos jinetes que habíamos tomado parte en aquella estampida, se ponía, definitivamente, la comitiva en marcha, escuchando, a lo lejos, el clamoreo indignado de la Ciudad, —espectante ya por las calles desde hacía dos horas—, y las toses y estornudos de los niños, convenientemente apulmarrados por la temperatura clásica de estas fechas.

No recuerdo de quién fue la idea de las ofrendas alegóricas: el oro, el incienso y la mirra que, sobre unas pequeñas plataformas, habían de llevar a cuestras las verdaderas víctimas de la fiesta. El armatoste que simbolizaba a la mirra era una especie de gigantesco as de copas, en escayola maciza, y pesaría su buena toneladita. En principio, le habían de llevar entre ocho titanes pero, a la hora de arrimar el hombro cuatro se olieron la tostada y desaparecieron; y los otros cuatro no pudieron ya escabullirse de debajo de aquello, porque, si alguno intentaba fugarse, corrían todos el peligro de que semejante mole les cayera encima aplastándolos como sapos.

Cada vez con más breves inter-



valos, iban llegando a la cabeza de la columna en marcha unos partes angustiosos de los portamirras:

—¡Que los de la mirra están reventados!

—¡Que no pueden avanzar los de la mirra!

—¡Que qué hacen con la mirra, porque no pueden más...!

Baltasar —Ignacio, que estaba realmente negro con todo aquello, cuando nos mandaron el de catorce o quince recado y la cabalgata entraba ya por la Avenida de Zaragoza, se apiadó de sus súbditos y emanó una orden realmente autocrática:

—La mirra... Que la manden a la m...irra.

Y allí se quedó aquella obra de arte —y de peso—, de mirra presente, en el portal del Hostal Valerio, descangallándose del golpazopazo con que se la sacudieron de encima los propietarios de cuatro clavículas mucho más descangalladas todavía.

Uno de los desertores de la mirra, precisamente cuñado mio, se brindó a servir de palafrenero para mi corcel, todo antes de cuartearse bajo el peso del susodicho símbolo. Y debo confesar que, en aquella ocasión en que yo era algo importante, incurri en un descarado favoritismo familiar, aceptando sus servicios, cosa de la que no tardé en arrepentirme.

Mi cuñado suele decir que le tiene más miedo a un caballo que a un león y, desde luego, pongo muy en duda que ante el rey de la selva, hiciera gala de tanto pavor como el que derrochó llevando la rienda —no llevando, mejor dicho— a mi mala bestia de cuadrúpedo equino. Al principio, menos mal. Quizá temeroso de que lo reintegrarse a su auténtico destino de porta-mirra, aún se esforzó por cumplir, sujetando la rienda con la punta de los dedos y a toda la distancia que podía del animal. Pero cuando se enteró de que ya no había nada que temer, y, sobre todo, desde que, aquel magnífico ejemplar de percherón-rochapeón, con unos cascos como platos soperos, le sacudió una pisada, dejándole el pie izquierdo del tamaño, en su superficie, de la «Hoja Oficial del Lunes», se puede decir que ya no tuvo palafrenero.

Para guardar las formas, caminaba, eso sí, con el brazo estirado hacia atrás, como si de verdad me

llevase la brida. Pero en cuanto el animal se le acercaba a menos de cinco metros, salía disparado en punta de vanguardia, dándose con los talones en la nuca con una celeridad vertiginosa.

Algo de razón no le faltaba, porque el «noble bruto» se las traía. Y sobre el pavimento helado y deslizante, menudearon patinazos, coces, corvetas, brinco de carnero criminales y toda clase de gracias que me trajeron por la calle de la amargura, a la par que por la Avenida de San Ignacio.

Unas veces aquellos respingos lo daba el jamelgo porque le venía en gana y otras, como pude comprobar más adelante, cuando por tercera vez me quedé montado en su cuello, provocado por la horda de los «mau-maus» locales que aquel año se estrenaron y que, para combatir, sin dula, el clima, tan diferente del de Kenya, se habían medicinado de usual y estaban cocidos como orejones.

Aquellos bandidos iban detrás de mí; bailando en corro y aullando como posesos. Y cada vez que uno pegaba un brinco junto a la grupa del caballo, le sacudía en el anca un lanzazo de potro y muy señor mío, poniéndome, una y otra vez, en grave peligro de salir por las orejas.

Helado hasta los tuétanos, con unas agujetas que eran más bien agujones, después de doscientas paradas, y miles de saludos, habiendo cogido en brazos y besuqueado a unas cuantas docenas de chiquillos mocosos y amoratados, hacia eso de las diez y media empecé a ponerme malo y estaba ya de la Cabalgata hasta la punta de los pelos, incluidos los pocos que me quedaban en la barba.

Recuerdo que donde la Catedral



se hizo un alto más largo que los otros y hasta oí hablar a mi alrededor de galletas y vino rancio, que nos daban no sé en dónde. Realmente los necesitaba, pero no me decidí a apearme. Estaba tan entumecido, tan envarado y derrengado que tuve grandes dudas acerca de la posibilidad de poder volver a montar de nuevo, caso de que descabalgase. Y me quedé.

Hube de sufrir aún una prueba angustiosa, ésta de orden moral. Debido a causas ignotas, mi barba se había autodepilando de una manera alarmante y, como la de la canción, «Si no tuviera tres pelos Ya no sería mi barba...», pero tampoco tenía muchos más, entre ambas mejillas. Fuera por esto o por otra causa el caso es que empecé a comprobar, con la alarma consiguiente, que algunas personas comenzaban a reconocermé, a señalarme y a llamarme por mi nombre.

En trance tan delicado, nos íbamos acercando al escaparate de «Zapatería Amorena», recién estrenada su nueva instalación, des-

lumbradora de luz fluorescente. Aquel iba a ser el golpe mortal capaz de derribar un incógnito que ya se tambaleaba. Y para evitarlo no me quedó más remedio que recurrir a una maniobra audaz y peligrosa.

Reuniendo mis últimas energías, conseguí refrenar, a puro de terribles tirones de mis manos ateridas, la fogosidad de mi montura. Me fui quedando atrás ladamente, consiguiendo rezagarme y no entrar en la zona peligrosa hasta que Baltasar-Ignacio había llegado casi hasta Lindachiquía, de regreso al Paseo de Valencia. Entonces, con el coraje que la situación reclamaba, apreté las rodillas casi hasta descoyuntármelas, me tapé la cara con el manto, en un gesto muy oriental de quien sabe que va a una muerte cierta, le sacudí dos tremendos espolazos al bicho y crucé por delante de la tienda delatora a galope tendido, más que como alma que lleva el diablo como Visir que lleva el penco.

Al llegar junto a su congénere, el mío se paró y todo quedó en un rapapolvos de mi Rey y Señor a quien le pareció una falta de respeto el que no se guardasen las distancias cortesanías.

Casi a media noche, sin haberme podido desteñir del todo, sorbía una taza de caldo caliente con la avidez del naufrago rescatado o del esquimal hambriento ¿Cuarenta grados? ¿Cincuenta, tendría de fiebre? No lo sé. Me dolía el pecho, la cabeza, las piernas y el «interin» lo tenía como un tomate.

Aquello me costó un par de días de cama. Pero ya nadie me podría contar cómo es una Cabalgata vista por dentro, o, por lo menos cómo fue aquella en la cual yo hice de Gran Visir.

V. G.

